

NUMERO SUELTO, 15 CENTIMOS.



NUMERO SUELTO, 15 CENTIMOS.

REVISTA TAURINA.

Se publica al siguiente día de verificada la corrida.

No se admiten suscripciones más que para Madrid.

20.000

Terminada nuestra edición de quince mil ejemplares del número extraordinario de las *Corridos de Valencia*, mañana quedarán á la venta cinco mil números más, á fin de atender los numerosos pedidos que de Madrid y provincias tenemos.

Una tirada de **veinte mil** ejemplares de un número determinado de LA LIDIA, tiene ya por sí tanta importancia, que áun pecando de inmodestos, hemos querido fijarla al frente de nuestra publicación.

Agradecemos, por otra parte, las cartas de nuestros abonados, en las que tantos elogios se prodigan al dibujo de la *Plaza de Valencia*, y al texto del citado número. Si algún empeño, tanto en una como en otra cosa, hemos fijado; mucho más se merece un público que de tal modo premia nuestros crecientes esfuerzos.

Los célebres espadas, que también se han dignado dirigirse á nosotros, encomiando nuestra imparcialidad, quedan contestados con estas cortas líneas, ya que en ellas justo es que resplandezca nuestra reconocida gratitud.

FANATISMOS.

III.

En uno de nuestros anteriores números, ostentábamos, con salientes caracteres, la palabra RIVALIDAD.

Esta noble emulación del ánimo tiene sobrada razón de ser en todas las profesiones, en todos los ejercicios, en todos aquellos actos en que se promueve y emplea la iniciativa del hombre.

¡Llegar á ser! es la más noble frase que puede agigantar el entusiasmo de un alma generosa... y ya lo hemos dicho: el torero, el verdadero maestro de profesión, el jefe de cuadrilla, debe aspirar á residir en la cumbre; no

vegetar en el terreno donde se mueven las medianías.

Puestos sobrados tiene la profesión taurina para no soñar el alucinado principiante con el manejo del estoque, cuando éste, como el uso de la espada en los antiguos caballeros, impónale tantas obligaciones que ejercer y tan duros y arriesga los trances que sufrir.

Pero si bajo el epígrafe de *Fanatismos* hemos consignado la palabra *rivalidad*, claro es que no hemos de referirnos á esa pasión noble y generosa que hemos apuntado antes, ese afán digno y levantado de *lugar á ser*, que se cimienta en el estímulo de sí propio, y que con ojos fijos en los que más sobresalen se sueña en igualarse con ellos, y á veces sobrepasarlos en franca y reñidísima competencia.

Nos referimos aquí, por el contrario, á esa *rivalidad* absurda, inequitativa, desigual que el público crea, que el espectador fomenta con sus apasionamientos y el aficionado reproduce en cada una de las tardes en que dos hombres, junto á los cuernos de una fiera, exponen, al par de su vida, la vida de su honor y de su herida dignidad.

Estos dos hombres se estiman, se consideran con mutua correspondencia. Como cada cual vale, cada uno de ellos reconoce el mérito de su competidor, y el renombre de uno no parece con la lengua del otro; antes, bien, ésta prodiga las alabanzas del compañero que por la sola comparación ha de ver aumentado su prestigio.

Pero... ¡atención!... El público, desconociendo el mérito de ambos, ha propuesto la justicia á las simpatías, el culto á la verdad á los arranques de la pasión... Pronuncia su inapelable fallo en el tribunal de la Plaza, y allí aplaude sin cesar al uno para motejar al otro; exige al enemistado lo que jamás censura en el aplaudido, y de aquellas dos almas valientes ha creado dos centros de mútuo ódio y reconcentrada ira.

Miradlos allí, á él donde el peligro debe estrechar los sentimientos, aunar todas las facultades, promover todos los rasgos del más heroico compañerismo. Se saludan, y la mano del uno retrata en su frialdad todo el hielo que satura aquel lastimado corazón... El capote se ciñe junto á los pitones del animal para librar al jinete de una muerte segura... no se piensa en el picador... tan solo en el aplauso que ha de estallar resonante del lado de las graderías; allí está, por lo mismo, el resentido compañero, disputando

palmo á palmo el clamoreo del público y la ovación que ha de premiar su arrojo... ¿Á costa de qué?... A costa de olvidar todos los preceptos del arte para estrecharse con el testuz de la fiera, ocupar su terreno, olvidar la salida, llegar hasta los medios embrocado... y tal vez con su propia sangre regar la arena del redondel.

El ódio cunde, la pasión se acrecienta de aquellas dos almas amigas; volvemos á decirlo: el público ha formado un semillero de enemistades.

¿Está ya satisfecho el espectador?

Poco ha de durarle su encono. El digno espada rechaza las escrituras que puedan obligarle á trabajar delante de aquel público ingrato... Más tarde se anuncia su nombre en los carteles, y no hay sacrificio que el espectador no haga en sus intereses para admirarle y aplaudirle.

El verdadero mérito ha vencido á la falsa pasión. El ídolo caído se ha vengado del hacha que le derribara al ser puesto de nuevo sobre el pedestal; se le han otorgado los honores del triunfo.

Prometimos que los personajes saldrían á escena, y en la escena están, sin toques subidos de bermellón que desfiguren sus rostros, ni nueva máscara a que los encubra ante la vista del público.

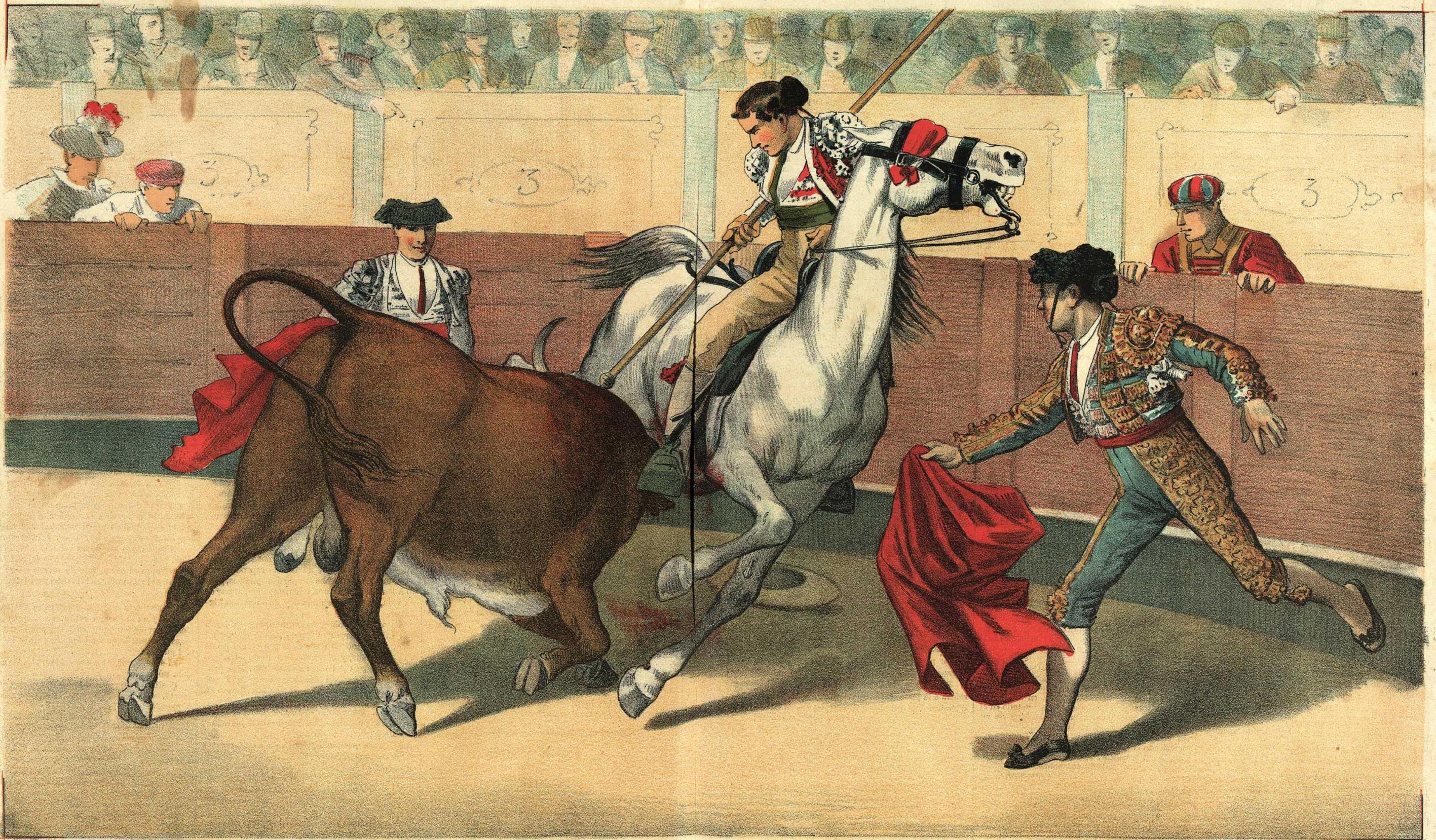
El espectador les conoce, les trata, les aplaude... no por favor... se vé obligado á ello.

Posible es que la misma pasión vea encubierto, bajo el epígrafe *Fanatismos*, algunos apasionamientos... Hablamos libres de espíritu de partido, de saña de escuelas, de parcialidad y de opiniones: el escritor que inspirara su pluma con espíritu estrecho, antes bien debía emborronar su alma que el papel, sobre el cual traza sus signos.

Al hablar de *Fanatismos*, que emos que éstos desaparecan del redondel; que las pasiones se avasallen, y que el justo mérito sea recompensado; deseamos que mata lorés de fama, no rezagados por la ojeriza del público, alternen en nuestro Circo, tomando parte en nuestra fiesta nacional; anhelamos, en fin, que la *imparcialidad*, á modo de espíritu lisonjero, aliente por igual el alma de todos los diestros, para que éstos, basados en el cariño de quien les aplaude, hagan prodigios de destreza ante el entusiasmo, y de reciproca emulación ante la justicia.

Dos frases, y terminamos esta serie de artículos desilvanados.

LA LIDIA.



Lit. de J. Palacios.

CAIDA DEL PICADOR.

Arenal, 27, Madrid.



—¿Qué herida le ha producido á usted más dolor?—preguntábale un impertinente curioso á Salvador Sanchez (Frascuero) no hace muchos días. El diestro respondió:—*Aquella por la que me obl'gué en mucho tiempo á no trabajar ante el público de Madrid.* Salvador se refería á aquella tarde en que, desgraciadísimo ante la cabeza de un toro, fué incalificablemente insultado y silbado por unos espectadores, que en un cuarto de hora querían borrarle sus méritos de doce años de profesión.

Al finalizar la segunda temporada del año de 1881, Rafael Molina (Lagartijo) vé mermaidas sus simpatías con el público de Madrid. El desagravio de éste le persigue numerosas tardes. En una de ellas, al retirarse del estribo con los avios de matar para dirigirse á la fiera, numerosos aficionados le tosen, le sesean; el diestro siente todas esas tempestades precursoras de grandes silbidos..

Refiriéndose á estas demostraciones, un amigo íntimo le preguntó:

—¿Por qué no le ha firmado usted á la Empresa la escritura de la segunda temporada de Madrid?

—*Porque quiero, contesta el diestro, poner á salvo mi hoja de servicios, por si á algunos buenos aficionados se les autoja romperla en un solo día.*

CUATRO TOROS DE PUNTAS.

NOVILLOS EMBOLADOS.

FUEGOS ARTIFICIALES.

Este es el programa durante la Canícula y parte de invierno. Los aficionados prácticos, los que en la temporada de verano figuran como simples soldados al lado de sus jefes, aquí se permiten firmar como primeros matadores.

Es el paso para dejar las aulas, y de un solo salto vestirse la borla de doctor.

Por ahí pasaron los que, como estrellas luminosas, figuran hoy como soles en el cielo del arte, ¡y va de astronomía!

Desde el villorrio, donde en festejacion de la Virgen del lugar corren estos aficionados seis y ocho reses bravas, á cambio de un puñado de cuartos, hasta la Plaza de Madrid, en cuyo redondel estoquean toros defectuosos en la espera de un soñado renombre, existe un verdadero abismo.

Allí morirían, al lado de la fiera, solos, olvidados, mereciendo por compasion las lágrimas de un público emocionado por la desgracia; en Madrid, la prensa arrancaría sus nombres de las soledades del silencio.

Asistimos, pues, á los novillos como se asiste al ensayo de una obra; necesitamos apreciar las facultades de los actores; verdad es que como solía decir Labi: «hasta en estos ensayos se suele morir sin mentirgillas.»

Tres son los nombres que hemos visto aparecer en los carteles:

OSTION, PUNTERET, GALINDO.

¡Autores dramáticos que asistís al estreno de vuestra obra, y entre los lienzos del bastidor esperais que el espectador salude con sus palmas una frase para dar por salvada vuestra reputacion, y el parto de vuestro felicísimo ingenio!... ¡Descubridor audaz que, cegado por el brillo del oro, te precipitas en lo más proceloso de las breñas para descubrir el filon que ha de avaluar tu trabajada mina!... ¡Amantes que esperais la codiciada cita para que el amor ceda plaza á vuestro delirante anhelo!... Ilusiones, esperanzas, regalados sueños... ¡oh imaginaria procesion de la madre fantasía, poderoso y enérgico es vuestro saludable influjo, pero mucho más seductor es el aliciente de vuestra gloria cuando os fijais en el alma joven de un torero en vísperas de su estreno!

Deletrea su nombre y el alias por si el impresor le equivocó en los carteles; cuenta los alamares de su chaquetilla, por si una ligera imperfeccion pudiese quitarle el lustre de su ropa; gasta el mejor pañuelo del arca bordadas sus cifras por el amor; entrega su cabeza al peluquero para que la goma y el afeite hagan descansar sobre sus sienes el tufo toreramente recortado. Como el jefe militar que sueña con la guerra para hacerla más tarde testigo de su valor, despídese de sus amigos, que le estrechan la diestra con solícito empuje;... entre aquel plantel de sonrisas, arrancadas por la emocion, hay una mujer que llora... le llama su hijo... ¿Quién podría extrañarse de su dolor?

Las dos jacas del landó que conducen al redondel al *neófito*, paréñle á éste seis soberbios caballos empenchados con rizada pluma; con su traje de seda, su montera por corona y el rico habano por petro, no se cambiaria por el monarca más entronizado de la tierra.

¿Qué llegará á ser de aquel *novillero* que empieza?... Esta es la pregunta que nos formulamos todos... por esto hacemos punto final y nos marchamos á la barrera; es decir, á nuestro sitio de observacion; desde los bastidores vamos á ver la representacion de la obra; con el afan que guardamos por el progreso del arte, vamos á formar juicio sobre sus autores.

Por hoy *criticaremos*... despues de ver á un mismo personaje repetidas veces sobre la escena, nos atreveremos á *profetizar*.

Advertimos que en esto de profecías somos casi infalibles.

Ostion. Sigue en el molde de su pasado; falta de conocimientos al pasar, falta de arte, sobre todo en las diversas suertes de la brega. En las verónicas, á medio-capote; y en las largas, sobre todo, se encorva demasiado al extender el trapo, se sale de su terreno al dar el toro la cabezada y la suerte no resulta bien concluida. No basta ejecutar, sino ejecutar con arte y con limpieza. Una cintura que no se plega; un brazo que se extiende demasiado; unos pies que no se mueven con elegancia, deben educarse con esmero hasta adquirir esa natural soltura, esa artística regularidad que el toreo requiere. Le censuramos, pues, en su modo de pasar, en su precipitacion al herir, sobre todo cuando las reses no están cuadradas; y el diestro procura terminar con estocadas de malísimo efecto. Vamos, sí, á aplaudirle por su valor, que es forzoso reconocer, y por la manera de *alegrar* á los toros en la suerte de palos. Este año le hemos visto, si no tan buen matador, hecho un gran banderillero; mucha seguridad al arrancar, mucha vista en el *encuentro* y gran limpieza en la salida; sus pares son de gran cañigo, y las reses no deben estarle agradecidas por el modo con que el diestro bilbaino les acaricia las péndolas.

Punteret. Torerito fino... para llamarle elegante hubiera sido preciso que el Sol de Andalucía le sonriera al nacer. Le hemos aplaudido en las largas, en varios arriegadimos quites, y sobre todo en el modo de *sacar* los toros á punta de capote de un extremo á otro de la plaza. Tiene mucha *vista*, y á sus compañeros prepárale los toros á la muerte, mereciendo el aplauso del público. Desconcertado, y sin arte con la muleta, aún no sabe el empleo de ella, pasando á los toros con sobrada incertidumbre; arráncase á matar, imitando *el paso a rás* de un célebre diestro, lo cual, si en ciertas categorías puede dispensarlo el público, no así á los que ahora empiezan, cuyo afan por ceñirse á los toros debe ser grandísimo, y sobre todo, la inexperiencia debe suplir con rasgos de temeridad la falta de recursos. Que si el joven diestro de que nos ocupamos se fija algo más en el estudio de la última suerte, podrá llegar á ser un *matador de toros*, cosa es que el tiempo nos lo irá demostrando. De Punteret, hasta ahora, puede decirse que *sabe estar al lado de los toros*: puede aplicársele esta expresion, que pasa por vulgar en el arte, y que casi es una elocuente sentencia:—Si con los palos en la mano arrancase más derecho y cuarteara en la cabeza, adquiriria, á no dudar, una buena reputacion como banderillero. A su aparicion en la Plaza de Madrid para estoquear por primera vez (así anunciábase en los carteles),

fué obsequiado con muestras de muchísimas simpatías; llevóse á su casa gran cosecha de aplausos y de cigarros. Si este estímulo no le bastara para su aplicacion y sus adelantos, deje desde luego el arte á que se ha dedicado; que el favor de los públicos debe ser el sueño constante del torero, y hacerse de ello digno, la prueba mayor de su valimiento.

Galindo. Al lado de su monterilla y su calzón, que como trofeos taurómacos ostenta en las paredes de su casa, tiene colgado un cuadro con dorado marco que guarda su título de *Bachiller en artes*. Todo el odio que demostró por los libros, convirtió en amor por el toreo. Así, vedlo en la Plaza, y mucho mejor en la calle con su aire distinguido, su cuerpo airoso y elegante, y su conversacion culta y un *hincito* ilustrada. *No nació al lado de los cuernos*; defecto que le hubiese puesto Cucares si le hubiere conocido, y es observacion que hemos hecho cuando le hemos visto en el redondel. Corre á los toros, trabaja activamente junto a ellos, parecá, intenta buscar aplausos con las reses... la estera de lo mediano le rodea todavia. Si el joven lidiador nos pidiera parecer ó consejo sobre su facia empleada tardes pasadas en la muerte de sus toros, nosotros le diriamos: «Bachiller Galindo, no se aparte usted un instante de su capote y de sus banderillas; con aquel al brazo, estudie y *profundice* la taena de los buenos diestros; sude, estuercese, trabaje, sea su catedra el corral del apartado y su universidad el matadero; no deje de ensayarse con los palos hasta que le tengamos un gran banderillero; y cuando esto suceda, cuando, entre todos sus companeros de oficio, usted se distinga por su limpieza en el recortar y su maestría enajar los palos; entonces use de la muleta y estoque, y entonces parézcanle los toros borregos para matarlos por docenas; que el vuelo del pato, valganos la comparacion, no es de tan gran potencia; porque, como decia aquel naturalista, «Empezó á volar antes de tiempo.»

La temporada de novillos sigue lanzando jóvenes al redondel y ofreciéndonos toreros en *agraz*.

¡Aficionados! Los que soñais con la gloria de un gran nombre y el acaparamiento de una fortuna; los que os dejais seducir por las relucientes piedras en una camisola bordada y deseais tener ricos trenes y cordobeses caballos, crédito para que se os brinde con las viñas de Jerez y gusto para que os enamoren las ricas mozas, la catedra está abierta y nada os llevara el Estado por el título de vuestra profesion.

Si teneis por ella una entusiasta pasion... ¡adelante!

La hacienda es muy rica, pingüe, hermosa, productiva... y lo que es más... hay muy pocos herederos.

Alegrias.

¡SAN SEBASTIAN!

Las corridas celebradas en Alicante y Cartagena, no han rayado á tanta altura que merezcan ocupar por mucho tiempo la atencion de nuestros lectores.

Preparamos un número especial, cuyo dibujo se refiera á la plaza de San Sebastian, y su texto esté exclusivamente dedicado á las corridas que en dicho Circo se celebren los dias 13, 14 y 15 del actual.

Nuestros suscritores franceses nos han de estimar este recuerdo, pues algo hemos de decirles de nuestra afición, por ellos tan censurada, siendo la misma la que en determinados dias les obliga á atravesar los Pirineos.

ANUNCIO.

LA LIDIA

REVISTA TAURINA ILUSTRADA CON CROMOS.

Administracion: Plaza del Biombo, 4, bajo.

Se admiten suscripciones exclusivamente para Madrid en las principales librerías y en la calle del Arenal, núm. 27, Litografía.

PRECIO: Por un trimestre, 2.50 pesetas.

Imprenta de José M. Ducazal, Plaza de Isabel II, 6,